

Jue
7
Nov
2019

Evangelio del día

[Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **Todos los Santos de la Orden de Predicadores (7 de Noviembre)**

“Alégrese conmigo”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 14, 7- 12

Hermanos:

Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor.

Pues para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de muertos y vivos.

Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú, ¿por qué desprecias a tu hermano?

De hecho, todos compareceremos ante el tribunal de Dios, pues está escrito:

«¡Por mi vida!, dice el Señor,
ante mí se doblará toda rodilla,
y toda lengua alabará a Dios».

Así pues, cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios.

Salmo de hoy

Salmo 26 R/. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida.

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? R/.

Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 15, 1-10

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo:
«Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola:

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarrilada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice:
“¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”.

Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice:

“¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”.

Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

Reflexión del Evangelio de hoy

En la vida y en la muerte somos del Señor

Vivimos aferrados a la vida sin apenas mirar lo que de muerte tiene nuestro proceso vital. Sólo miramos de frente a la muerte cuando alguien cercano se nos va. No nos preparamos para partir allí donde Dios nos espera. Lo que sí es cierto, es que Dios es Señor de vivos y muertos.

Sin embargo, mientras nos encaminamos hacia la muerte, hemos de ir ofreciendo a Dios los días que hemos vivido, y los días que nos faltan por vivir, porque como dice san Pablo a los Romanos: *Si vivimos, vivimos para el Señor. Si morimos, morimos para el Señor.* Vida y muerte están unidos por un solo vínculo de amor, y éste es Dios.

En la vida ponemos nuestras ilusiones, depositamos nuestros sueños, y albergamos nuestras esperanzas ¿Por qué no hacerlo con la muerte? ¿Qué nos pasa con ella? Tenemos la oportunidad de despedirnos de nuestras penas y sufrimientos. Con ella, podemos despedirnos de nuestras enfermedades y acoger la vida nueva que Cristo nos ofrece. Con ella, se mitigan los miedos y desaparecen nuestros sufrimientos. Con ella obtenemos la paz.

Mientras, perdemos el tiempo juzgando el mundo de lo fraternal, situándonos por encima de los demás, como si fuésemos gaviotas liberadas para un vuelo único y especial, donde los demás siempre yerran en su suerte. En pro de una presumida excelencia fustigamos la vida de los otros con voracidad.

Juzgar a un hermano es una forma de desprecio de su persona, de su vida, de su pensamiento, es situarme por encima de la fraternidad debida y corromperla. Es negarme para aceptarlo. El desprecio de alguna manera es la ignorancia del amor, la incapacidad de mostrar amor. Y el amor tiene que ver mucho con la muerte. Se muere para sí mismo amando. Uno tiene todas las batallas perdidas cuando emprende el camino del amor, pero eso no ha de importar, porque el amor salva cada día. Así lo aprendemos y contemplamos en la cruz, con el mayor de los amores donados: Jesús.

Alérgense conmigo

Jesús anda con publicanos y pecadores y come con ellos. Era la crítica de los recelosos fariseos. Y ante sus recelos, Jesús les cuenta la parábola de la oveja perdida. Jesús es como el pastor que va en busca de la oveja perdida dejando las noventa y nueve en el redil. Al encontrarla, se alegra y pide a todos que se alegren con él.

“Alérgense conmigo” fue tanto la petición del pastor como la petición de la mujer que encuentra la moneda que se le perdió. Porque la alegría, aunque sea posible, busca caminos de fraternidad, busca ser compartida.

Jesús no queda indiferente ante la situación vital de pérdida ante la que pueda vivir un ser humano. No queda indiferente ante la desorientación. Jesús cuya vida está siempre orientada a Dios Padre, busca compartir esa misma orientación con todos. No se queda en la actitud cómoda de la indiferencia, sino que cada paso que da hacia los demás, es una búsqueda comprometida de redención.

Pero esta alegría del evangelio guarda una condición: es el arrepentimiento. Es la alegría por el cambio que has realizado con valor. Es la reorientación que has podido dar a tu vida cara a Dios. Es la alegría que se desprende porque has vuelto tu mirada a Dios y a su amor. El arrepentimiento es la causa y el motor de esa alegría. No es una alegría meliflua, sino que tiene una razón de ser: Me alegro contigo porque has dado más veracidad a tu vida.

Jesús, el Dios que Salva, da un giro especial a cada mirada, no son los sanos lo que necesitan curación, son los enfermos y a ellos se encamina siempre sus pasos, y se dirige su mirada.

Los fariseos parecen que no necesitan a Dios, son autosuficientes, desprecian y juzgan a Jesús por lo que hace, no se alegran con Jesús, ni por el arrepentimiento y cambio vital de los hermanos. De ahí, que Jesús hable con estas parábolas, para mostrarles cómo es Dios, y para mostrarles cuánto tienen el corazón endurecido.

Cuando nos situemos ante nuestros hermanos, hagámoslo con una mirada limpia, desde una oración confiada, y pidiendo a Jesús por su alegría, para que pueda compartirla desde la ilusión y la veracidad de un cambio vital que se desprende del arrepentimiento.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Todos los Santos de la Orden de Predicadores

En la fiesta de hoy, instituida por el papa Clemente X en 1647, recordamos con amor "a los miembros de la Familia Dominicana que nos han precedido, dándonos ejemplo con su vida, compañía con su amistad y ayuda con su intercesión" para que "nos sintamos animados a imitarlos y se afirme el espíritu de nuestra vocación (LCO 16; 67; LCM 16; 92).

Os ofrecemos una de las lecturas del Oficio de la Orden de Predicadores:

De una Carta del beato Benedicto XI, papa, a sus hermanos de la Orden reunidos en capítulo general en Tolosa

(Roma, 10 de marzo de 1304: BOP 11, Romae 1730, pp. 93.94)

Los sarmientos de Cristo iluminan a todos con los testimonios evangélicos

La inefable providencia del Creador para exaltar la gloria de su nombre y procurar la salvación de los fieles en los últimos tiempos hizo brotar en el jardín delicioso de la Iglesia entre sus hermosas y fecundas plantas la preclara Orden de los Predicadores como árbol de vida que, regado con la bendición de la lluvia celestial, desde sus primeros momentos ha crecido maravillosamente. Por obra de la gracia divina este árbol se ha elevado hacia lo alto y se ha extendido a lo largo y ancho de tal modo que con su altura llegó hasta los cielos y con sus ramas llegó hasta los confines del orbe terrestre.

Como excelentes sarmientos unidos a la vid que es Cristo, son aquellos frailes de la Orden de santo Domingo, que libres de las superfluidades terrenas y prendidos del peso de las riquezas, se negaron saludablemente a sí mismos y abrazados a la pobreza y profesando la vida regular, llevaron hermosas flores de honor y vida santa y frutos copiosos al banquete del Rey celestial.

Estos son de modo tan excelente ministros elegidos de Cristo, resplandecientes por su ejemplar vida religiosa y esclarecidos por su santidad de vida, que se debe reconocer fueron puestos por la sabiduría divina como luz de las naciones y como astros en el firmamento de la Iglesia, o como lámparas encendidas en la casa de Dios, que iluminan a todos con las enseñanzas evangélicas e indican con sus rayos a los hombres el camino de la vida.

Estos son insignes guerreros que luchando con el escudo de la fe, con la espada del espíritu y con las armas de la justicia, (Ef 6, 17) se han esforzado en conseguir que se acrecienten las virtudes en todos los católicos, se manifieste el camino de la salvación a los pecadores y sea destruida la locura de la deformidad herética.

Considerad por tanto, carísimos, y recápacitad atentamente sobre estos solidísimos fundamentos de nuestra Orden, en estos guías insignes, valerosos soldados e infatigables luchadores, de modo especial en muchos de ellos que están en la patria celestial y que han sido ya incluidos solemnemente en el número de los santos y son ya comensales de la mesa celeste y ciudadanos seguros de la patria eterna. Por ello, como hijos tuyos auténticos, debéis ser sus fieles imitadores y caminar tras las seguras huellas que os han dejado tan ilustres y tan firmes ejemplos de una vida ordenada y religiosa. Debéis también conservar inmaculada esta Orden, que tiene en si misma el ornato de una perfecta belleza, pues por la generosidad de Dios y de la Sede Apostólica ha sido enriquecida de tantas gracias, ensalzada con tantos dones y reafirmada con tantos privilegios.

Pero dado que las tendencias del hombre son propensas al mal, procurad con todo empeño fomentar en vosotros el fervor de la religión, el celo por la justicia y la rectitud del juicio para que se mantenga vigorosa la disciplina de la corrección que desarraigue los vicios.

Procurad que en vuestras costumbres resplandezca la humildad hermosa, aumente la devoción piadosa, agrade la obediencia santa y persevere paciencia verdadera. Sed unánimes en el obrar concordes en la caridad, tranquilos en la paz, y haced con gran orden todo lo que exige la vida regular, estando en orden con Dios y con los hombres, de modo que estéis a salvo de todo mal espiritual y defendidos del astuto enemigo que ataca especialmente en la inactividad del ocio. Estad dedicados siempre al estudio de la sagrada doctrina, por la que conseguís tan gran mérito y honor; atended a la predicación frecuente y a oír confesiones y ya que habéis sido destinados especialmente a esa misión, dedicaos a ella con diligencia y gran solicitud. Así pues, ocupad vuestra vida en todo lo dicho y en otras cosas honestas o lícitas para que lo ilícito no pueda tener lugar en vosotros; vivid anclados totalmente en el autor de vuestra salvación, (Hb 2, 10) de vuestra esperanza y de vuestro consuelo. En fin, mostrad a los prelados de vuestras iglesias tan grande reverencia y honor que podáis obtener con razón su favor y benevolencia.

De esta forma podréis ser de provecho para vosotros mismos mediante los méritos de vuestra vida y para los demás mediante el ejemplo. Así, esparciendo con trabajo vuestra semilla, llevaréis con alegría densas gavillas a la era celestial; de este modo conseguiréis para vosotros y para los demás el premio debido a la santidad, la gloria de la claridad eterna.